

dad, las bajas remuneraciones, una mala protección social, etc.

Adicionalmente, todo ello ha profundizado la «polarización» social (en la estructura de clases). En efecto, el segmento superior del mercado primario se ha expandido, especialmente por motivo de la tecnificación de las empresas de cara a competir en mercados cada vez más abiertos. Es el equivalente de las nuevas clases medias emergentes. De otro lado, se expande también el mercado secundario, en virtud de la contratación temporal y de las formas de subcontratación que externalizan una parte de la actividad de las empresas, correspondiéndose con los trabajadores descualificados y/o con escasa capacidad de control sobre el puesto. Por último, también, la intensidad de la crisis industrial y su incidencia en la clase obrera acomodada ha erosionado fuertemente el segmento inferior del mercado primario.

Así, ha crecido el sector secundario (precarizado), pero también el sector primario superior, al tiempo que se ha debilitado el sector central (en el que se sitúa la clase obrera tradicional). Todo ello apunta a una tendencia a la polaridad, que va consolidando una mayor definición de los segmentos, lo que supondría una menor movilidad social, reforzándose las fronteras de clase en el seno del mercado superior, en el marco de una aproximación a la «sociedad de los dos tercios». Uno de los escenarios posibles de este proceso, de no mediar fuertes contratendencias, sería el desarrollo de las llamadas «infraclases», es decir, de quienes carecen de una posición clara y estable en el mercado de trabajo y quedan progresivamente a merced de políticas públicas asistenciales.

Esta nueva estructuración de clases arroja hacia sus márgenes a colectivos muy importantes de la antigua clase obrera y de las viejas capas medias: a los parados de larga duración, que con seguridad ya no van a encontrar un trabajo estable; a muchos parados intermitentes; a quienes tienen trabajos precarios; a gran parte de los jubilados, que no pueden mantener las condiciones de vida que tenían; a trabajadores autónomos, que saltan de un «negocio» a otro sin capacidad de asentamiento; a grandes capas de la juventud y de la población

femenina, así como a la mayor parte de la inmigración; incluso a áreas enteras que quedan globalmente relegadas y sin futuro. Todos estos sectores tienen una característica común fundamental: el estancamiento en un mundo que cambia con rapidez y que les lleva tendencialmente a la marginalidad.

En definitiva, podemos concluir que, en gran medida, nuestras sociedades «occidentales» están avanzando hacia la fragmentación. Frente a la mítica sociedad de clases medias, el capitalismo de los 90 tiende a conformarse como una sociedad *dual, centrífuga y segmentada*, donde se crean barreras insalvables para un sector difuso que ha quedado relegado en la salida de la crisis.

En gran medida, ha estallado ese universo social unificador e integrador anterior, que había servido como referencia básica para la aparición de nuevos patrones sociales: clases medias funcionales, clase obrera integrada, consumo de masas, pleno empleo, prestación impersonal y múltiple de bienes y servicios destinados a un consumidor anónimo medio, Estado keynesiano desmercantilizador, etc. El nuevo modelo de crecimiento ha generado casi todo lo contrario: mercados de trabajo segmentados, dualización social, desempleo estructural, oferta diferenciada y estratificada de bienes y servicios, Estado mercantilizador y empresarializador, etc.

En esta situación, las identidades sociales se han vuelto errantes y la subjetividad nómada. A partir de esta situación, las características de la movilización colectiva han variado notablemente, fundamentalmente porque las identidades sociales que articulan las reivindicaciones de los movimientos no se caracterizan ya, como en los años sesenta, por estar basadas en teorías generales de la liberación total. Dada la agresiva salida individualista y corporativa de la crisis, tales identidades se expresan más como una *estrategia de la seguridad* que plantea la conservación de las conquistas que cada grupo retiene para sí. Por lo que los que carecen de organización efectiva, de los recursos básicos y de las motivaciones a partir de las cuales podría desarrollarse tal organización, simplemente quedan al margen. La conflictividad social entre

# La irresistible ascensión del dualismo

**Problemas sociales, decisiones económicas y modelo de sociedad**

*Víctor Renes*

*Investigador de Cáritas Española.*

## **1. Cambios económicos y cohesión social**

Sin duda, vivimos momentos de intensas transformaciones socioeconómicas, que plantean en nuestras sociedades problemas de incuestionable gravedad. Problemas, en primer lugar, derivados de un modelo de crecimiento continuo y de ilimitado consumo, ante el que surge una cada vez más próxima escasez de recursos no renovables. Problemas, también, producidos por la acelerada introducción de nuevas tecnologías, que estimulan una considerable sustitución del trabajo humano y la transformación radical de la organización de la producción. Problemas, en tercer lugar, provocados por la tendencia a la exclusión de los más débiles por la incesante demanda de aumentos de productividad. Problemas, de otro lado, generados por la creciente falta de sentido de una «sociedad del trabajo» en una situación de paro estructural. Problemas, finalmente, impulsados por la creciente mundialización de la economía, que se está revelando más como una barrera para el desarrollo de los países pobres que como posibilitadora de su progreso.

En esta crítica situación, las soluciones que se están adoptando para promover el crecimiento están dando lugar a formas sociales fraccionadas, precarizadas, que están conduciendo a una creciente dualización social, en la que empeora imparablemente la posición de los grupos más débiles y sustituibles.

## **2. Los procesos de dualización**

Estas tendencias a la dualización se concretan,

esencialmente, en la expansión de colectividades de actores económicos que, en la esfera de la producción, carecen de organización efectiva, al tiempo que de los recursos básicos y de las motivaciones con los que desarrollar tal organización.

Ante todo, el proceso de ajuste ante la crisis que se viene produciendo desde finales de los 70 ha tenido, a estos efectos, tres dimensiones principales: a) la contención de los salarios; b) la adaptación de los empresarios y de los trabajadores a un nuevo marco de relaciones laborales; y c) la adaptación de unos y otros, sobre todo de los trabajadores, a la reestructuración productiva y a las nuevas formas de organización del trabajo, con todas sus implicaciones de flexibilidad productiva y laboral.

Tal proceso, además, ha generado una intensa segmentación del mercado de trabajo, abriendo el abanico salarial, estratificando las cualificaciones y diferenciando el status laboral de los trabajadores en términos de control sobre su puesto. Parece claro que estos procesos tienden a aumentar el empleo secundario (el precario y poco protegido) y promueven una reestructuración general del mercado de trabajo, incrementando las separaciones entre trabajo y desempleo, trabajo protegido y no protegido y trabajadores autóctonos e inmigrantes. Se genera, así, una compleja segmentación del mercado laboral, que podría sintetizarse en la aparición de dos mercados diferenciados: uno que agrupa a las personas que tienen un trabajo estable, correctamente remunerado y que se benefician de una protección social eficaz; y un segundo mercado donde dominan la precariedad, la inestabili-

los grupos precarizados y los grupos sociales que se salvan de la precarización, a partir de estos supuestos, y el rechazo social a los fenómenos asociados a los grupos excluidos, son la expresión de esta fragmentación social.

### **3. Opciones sociales básicas: la lógica social**

Todo ello se refuerza e integra en un modelo social definido en virtud de una serie de opciones sociales básicas que todas las sociedades occidentales vienen adoptando para superar la situación de crisis estructural e incentivar el crecimiento económico que el sistema imperiosamente necesita. Opciones presididas por una lógica que, de hecho, convierte la dualidad en elección estratégica y que a continuación se apuntan:

1. Opciones en torno al desarrollo, presidido por criterios de apoyo a la inversión que consolidan la ruptura entre lo económico y lo social, desvinculando las opciones económicas de las exigencias sociales, de empleo, de inversión sociolaboral, etc.
2. Opciones en torno al sistema competitivo, que exigen la reconversión de sectores y regiones en base a los solos requisitos impuestos por el mercado.
3. Opciones en torno al empleo, que precarizan un bien escaso y dualizan el mercado laboral sin atender a las necesidades sociales y personales.
4. Opciones en torno a la política educativa, que aseguran la no incorporación social a los fracasados escolares y el difícil acceso a las nuevas profesiones a los culturalmente subdesarrollados.
5. Opciones en torno al gasto social, que combinan desempleo con subsidiación y que impulsan una diferenciación en aumento de los niveles de protección social, con niveles generales cada vez menores y con niveles superiores «comprados» con cuotas.
6. Opciones en torno al consumo, que centran cada vez más el impulso del crecimiento en torno a los sectores con capacidad de consumir.
7. Opciones en torno a la concepción del bienestar, crecientemente entendido de forma individualista y centrado en la capacidad de acceso al consumo.
8. Opciones en torno a los valores sociales, conformadores de una ética individualista, neodarwinista, materialista y calvinista (ensalzadora del éxito).
9. Opciones en torno a la seguridad, cada vez más concebida en términos defensivos y de control social, pasando a segundo plano la acción preventiva, rehabilitadora y promotora de grupos y situaciones sociales marginales.
10. Opciones en torno a la pobreza, que pretenden encubrirla, velando su derivación de las propias decisiones económicas y sociales dominantes.

### **4. La pobreza como la «cara anversa» de la lógica social**

Así pues, los fenómenos que apuntan a las condiciones de pobreza no pueden considerarse como simples «desajustes» ante una nueva realidad. Son, más que desajustes, reveladores de situaciones sociales que no sólo han sido «expulsadas», porque son marginales a la dinámica de expansión del nuevo crecimiento, sino que son parte del afrontamiento de la crisis: son formas-instrumentos de la recuperación de los beneficios, considerados la medida y el objetivo imperativos.

Esto es lo fundamental de la forma neoliberal de sociedad en la que nos encontramos. Lo crítico en ella no es tanto la decisión de extender o no el gasto y los bienes sociales, sino el hecho de que el propio modelo de crecimiento genera la expulsión de los derechos sociales de amplios sectores. Es el hecho constituyente del propio crecimiento, que no se puede

obviar con una mayor o menor extensión de la necesaria protección social.

No es extraño, por ello, que aumente el número de los excluidos: el propio crecimiento lo genera. Por tanto, el crecimiento y la forma de distribución avanzan por el camino de consolidar las desigualdades. Es decir, la relación sociedad-pobreza está mediatizada por la propia dinámica del actual modelo social, que, más que mostrarse incapaz de integrar a los que excluye en su desarrollo, se muestra capaz de seguir desarrollándose a través de nuevas formas que generan exclusión y que se entienden como condición para la «recuperación» económica. Así, mientras, por ejemplo, el paro continúa, las tasas de crecimiento pueden aumentar. Más aún, contener la distribución más equitativa de la producción y la infla-

ción a través de la contención de los salarios y de la expansión del paro son «exigencias» para el crecimiento.

Dadas estas decisiones básicas, que condicionan el resto de orientaciones sociales, las actuales propuestas de desarrollo, de crecimiento, de competitividad, son estructuralmente inalcanzables para los excluidos por y para el crecimiento. Como lo son también para los pobres de los países pobres, que, en el contexto de la mundialización de la economía, pueden, todo lo más, exportarnos sólo su pobreza.

Por todo ello, se anuncia una sociedad dual, pero también un mundo dual. Es decir, una sociedad y un mundo «rotos», en los que se consolidan una serie de sectores y una serie de pueblos sin perspectiva. **A**